



NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS

## LA GUERRA

Un periódico semanal no puede satisfacer la ansiedad pública con noticias de la guerra, que resultarían atrasadas siempre. Por lo tanto nos limitaremos á exponer impresiones.

Se ha dicho que en las últimas patrióticas manifestaciones, alguien dió vivas á la República.

No lo creo; mas si efectivamente fué así, quizás entre los polizontes se encontrarían los autores.

Porque no hay ningún republicano que sea capaz en estos instantes de hacer nada que pueda impedir ó dificultar la obra gloriosa emprendida por nuestro ejército.

La página más vergonzosa de los carlistas, con tener tantas de esta clase, es la intención de San Carlos de la Rápita, estando España en guerra con los moros precisamente.

Búsquese otro recurso para combatir á los republicanos, que ese es muy burdo.

El general Margallo ha muerto combatiendo heroicamente.

Si cometió algún error por exceso de pundonor militar, si en esto cabe nunca exceso, con su muerte lo ha lavado.

¡Gloria á él!

Hoyavía no se sabe que hayan sido castigados los españoles que facilitaban armas á los moros después del combate del día 2.

En casos como este, el castigo debía seguir inmediatamente á la falta.

Se ha visto en estos últimos días que hay quien se complace en propalar noticias alarmantes destituidas de todo fundamento.

Para evitarlo, debería el gobierno decir siempre la verdad en el momento que la supiera; así se acabaría con la turba de chismosos de las desventuras patrias.

En el combate del día 28, para rescatar del poder de los moros dos piezas de artillería, nuestros soldados cargaron briosamente á la bayoneta, rechazando al enemigo y recuperando los cañones.

Recordando el rescate de las mochilas en los Castillejos, se ve que en punto á valor el soldado español es siempre el mismo.

Dos jóvenes aristócratas, los señores D. Mariano Díaz de Mendoza, hijo del marqués de Fontanar, y el Sr. Zarate, secretario que fué del duque de Tamames, se han alistado como voluntarios para Melilla, habiendo ya salido

en dirección á Málaga donde deben embarcarse.

Es el mejor medio de dar brillo á los blasones en estos tiempos, el de repetir con esos jóvenes aquello de «nobleza obliga.»

Es unánimemente censurada la conducta del gobierno poniendo obstáculos á que se sepa la verdad de lo que ocurre en Melilla.

Tratándose de un pueblo, de un pueblo como este á quien los reveses excitan en vez de amilanarle, ocultarle la cosa más pequeña es inferirle un insulto, porque es dudar de su grandeza de ánimo.

## DECÍAMOS AYER...

Ha pasado Octubre y nada hemos hecho los republicanos. Reanudo, por lo tanto, mi campaña, no con la alegría del que acierta, sino con la pena del que hubiera querido equivocarse.

A los que estuvieron antes conformes conmigo, nada he de decirles; sé que, como á mí, les hubiese alegrado mucho el no acertar. A los otros, los que disientían de mi parecer y torcían mis intenciones, á esos sí les pregunto:

«¿Qué dicen ustedes, ahora que los hechos han venido desgraciadamente á darme la razón? ¿Se convencen de que no es posible ir á parte alguna con las actuales organizaciones de los partidos, ni con las actuales jefaturas? Si continuamos por este camino de perdición ¿no es de temer que en breve se burlen los monárquicos de nosotros, si es que no lo hacen ya?»

Fatal ha sido el verano último para nuestra seriedad y nuestro prestigio. Se nos ha entretenido con cuentos revolucionarios, barajando nombres de generales y regimientos; fijando veinte veces día, hora y hasta minuto para derribar la monarquía; sacando de sus casas, para darles el santo y seña, á los hombres que están dispuestos á ayudar en la obra de la revolución. Y ¿qué ha resultado? El descrédito para los que en ello han intervenido, el desaliento en los que estaban prontos á sacrificarse, la duda en los creyentes, el excepticismo en los que dudaban, y como consecuencia ineludible de todo esto, la continuación de la monarquía, quebrantada y maltrecha por sus propias faltas, pero aparentando más vigor que nosotros, sus enemigos.

Fijóse como último plazo el mes de Octubre, y Octubre ha transcurrido, sin que los señores jefes republicanos hayan hecho nada de lo que el pueblo deseaba y la angustiosa situación de España exigía.

Las esperanzas despertadas por el estado de insurrección permanente en que poblaciones importantes han estado durante meses enteros, la excitación general producida por el an-

mento de los impuestos, el disgusto de las clases militares por las reformas, el alejamiento de la minoría republicana del Congreso, todas estas cosas, que unidas y aun aisladas podían haber producido la revolución, sólo han servido para confirmar la incapacidad revolucionaria de los jefes.

Porque en suma, ¿qué han hecho? Pactar una unión para fines electorales, dándole un matiz revolucionario para que no la rechazase el pueblo; combatir en los periódicos de sus respectivos partidos, y en los discursos que han pronunciado, sin perjuicio de afirmar que la unión continuaba cada vez más firme; retirarse aparatosamente del Congreso, y en vez de preparar el movimiento de fuerza que el apartamiento de la lucha legal les imponía, viajar por provincias con ostentaciones antidemocráticas, músicas, flores, carruajes, arcos de triunfo, banquetes, agotando el repertorio de las exhibiciones, y pronunciando en los *mee inqs* palabras de doble sentido para que los hombres de buena fe creyeran que iban á la revolución y siguieran sometidos á su voluntad; y en vez de procurar unirnos para una acción común, pedir cada santero para su ermita, es decir, hacer cada jefe la propaganda de su programa, burlando á los demás para ponerse él en relieve, como ocurrió cuando la reunión de portugueses y españoles en Badajoz, en lugar de ir juntos para infundir confianza á todos y preparar el momento de lanzarnos contra la monarquía.

Y mientras tanto que ellos perdían el tiempo en esto, los republicanos que tienen el valor de proclamarse tales por esas provincias, sufriendo los vejámenes y los atropellos de los monárquicos; unos sin poder siquiera ganar el sustento para sus familias por las persecuciones del caciquismo; otros emigrando para no perecer; algunos esperando en medio de mil penalidades el momento de lanzarse á la lucha...

¿Qué de sacrificios ignorados, qué de posiciones renunciadas, qué de seres queridos sufriendo privaciones, qué de hombres convencidos cayendo lentamente en la fosa sin proferir una queja, todos por permanecer fieles á la causa! ¿Cuántas persecuciones sufridas, de esas sorpresas que atacan á la honra y los intereses, pero que no dan derecho á la queja y matan con más seguridad! Varias veces he expresado mi admiración hacia los hombres que en las pequeñas localidades se atreven á ser republicanos, héroes desconocidos que no pueden siquiera abrigar la esperanza de que sus nombres se citen como ejemplos de abnegación y consecuencia, y cada día siento aumentar esa admiración.

Lo ocurrido este verano ha contribuido además en gran manera á difundir la creencia de



que el partido republicano es impotente.

Es un error. El partido republicano dista mucho de ser impotente, pero lo será de hecho muy pronto, si en un sacudimiento poderoso no derriba fantasmones y títeres; si no se limpia del virus de la idolatría; si no niega obediencia á los que ni sienten la revolución ni la quieren; si no se organiza con empuje para derribar ahora á imponerse luego.

Eso sí; como continúe pagándose de nombres, idealizando personas, yendo á votar cuando se lo manden y retrayéndose cuando se lo ordenen, consintiendo que prescindan de su opinión los que hasta ahora le han impuesto su voluntad, no habrá medio de que llegue á donde debe.

Llevamos veinte años halagando falsas, cuando no ridículas esperanzas; diciendo que hoy, que mañana; aplazándolo para el mes siguiente; ora para la primavera, ora para el verano, ora para el otoño; dando por seguro el movimiento para cuando muriese el rey anterior; afirmando que no se abrirían las Cortes; esperando la República, ora por el camino de Francia, ora por el de Portugal; hablando de empréstitos cubiertos en el extranjero...

Sí, de ese modo hemos pasado el tiempo, y además contando ó pesando los espantos de Alfonso XII unas veces, otras pendientes de los grados de la calentura de Alfonso XIII, algunas siguiendo con más atención que los médicos de cabecera el ascenso de los catarrros de la Regente; esperándolo todo del acaso, no demandándolo á nuestra convicción; de las genialidades ó los resentimientos de un general, no de nuestros bríos; de los desaciertos de la monarquía, no de la bondad de nuestra doctrina. ¡Espectáculo triste y vergonzoso, que agradeceríamos á la Historia que no lo tomase en cuenta, por no pasar á la posteridad como seres ineptos, débiles, sin pudor político, sin dignidad personal!

Hoy se presenta de nuevo el problema de las elecciones, y ya han dado los jefes, á pesar del fracaso en Cortes y municipios, un *arkase* para que se vaya á ellas. No hay inconveniente en votar; mas para ello es preciso que previamente declaren los jefes que se consideran impotentes para hacer la revolución, que no sirven más que para la lucha legal, que Castelar ha tenido razón, y que disuelve cada cual la fracción que acaudilla. Después de estas francas declaraciones, votará el que guste, quizás todos, pero los que voten no podrán llamarse á engaño, y los elegidos podrán ir á los Congresos y municipios á hacer lo que los ingleses llaman la oposición de S. M.

Pero al querer que acudamos á las elecciones para seguir ganando tiempo á fin de que el cansancio y los desengaños nos aparten de la vía revolucionaria; al continuar las fracciones republicanas organizadas como están para halagar la vanidad de los jefes y sus adjuntos, pero sin resultado práctico para el partido; al pretender que prosigamos de comparas los que nos envanece con el título de demócratas, se nos ofende, y no debemos acudir á las elecciones. Para farsa, basta ya; así aprenderán los hombres que tanto han abusado de nuestra buena fe, que nada son sin nosotros. Si no podemos derribar á la monarquía, por lo menos conservemos nuestro decoro.

Franqueza, ya que no podemos exigir otra cosa: declaren los jefes noblemente, si así lo creen, que no les es posible hacer hoy por hoy la revolución, y que entre tanto que pactan una unión verdadera que robustezca el partido, con iene acudir á las urnas; y así el que vaya á votar no tendrá nunca derecho para decir que lo han estafado. Pero esto de decir que la lucha legal no excluye la revolucionaria, y pasar unas elecciones, y otras, y otras, sin que haya siquiera un modesto entreacto revolucionario, esto es un engaño burdo que no debemos consentir por más tiempo. La lealtad fué siempre cualidad muy apreciable, y en estos tiempos en que tanto escasea,

hasta puede alcanzar la categoría de virtud.

Y digo esto, no por opinar que debemos apartarnos de la vida pública, sino porque comienzo á creer que si los de arriba no quieren la revolución, los de abajo carecemos de energía; que si ellos se burlan de nosotros, es porque nosotros lo consentimos; y que al extremo que han llegado las cosas, el papel de cómplice es más despreciable que el de autor.

Más claro y en pocas palabras: el que quiera ir al municipio hoy y á las Cortes mañana, que se declare contrario á la lucha revolucionaria: el seguir manteniendo el sistema anfíbio para tocar las entajas de la lucha legal y no correr los riesgos de la revolucionaria, sólo sirve para aniquilar del todo al partido republicano, en bien exclusivo de la monarquía.

JOSE NAKENS

## ¡ADIOS!

Los postreros resplandores de un sol espléndido de Octubre se esconden tras el horizonte.

Abigarrada muchedumbre se estruja; el anhelo se pinta en todos los semblantes; lágrimas que cuaja el dolor ruedan por todas las mejillas; un rumor sordo, intenso, grandioso, se eleva hasta los cielos.

En fraternal consorcio, vense los harapos del mendigo y las fastuosidades de la opulencia; el sombrerillo parisien y el clásico pañolón; la intachable levita y la democrática chaqueta; al símbolo de todos los privilegios y la expresión de todos los trabajos. El obrero fraterniza con el señor; la mujer de la aristocracia con la mujer del pueblo. Todos los colores del iris y toda la gama del sentimiento forman su haz de grandeza indescriptible.

La expresión de todos los anhelos se condensa en un grito: ¡Venganza!

La expresión de todos los sentimientos en una estruendosa exclamación: ¡Viva España!

¡Ah! Eterna maldición para estos gobiernos que miran con terrible indiferencia los intereses del pueblo; que envían á la muerte sus hijos; que sumen en el dolor y en la miseria á tantas madres; que no escuchan los quejidos dolorosos del que agoniza ni contemplan las horribles escenas de un combate sin cuartel con pueblos bárbaros.

El ruido del cañón ensordece, la fusilería vomita torrentes de muerte; escucháanse ruidos gritos de odio; nubes de humo enturbian los cielos; el moribundo vuelve los ojos á su patria y piensa en los seres queridos de su alma: un puñado de valientes, al amparo de unas murallas que el mar lame con sus olas, se bate heroicamente; y entre tanto, allá en confortable gabinete, rodeados de aduladores ó ineptos, nuestros gobernantes trazan descabellados planes extratéticos ó se recrean en las dulzuras de la última romanza escuchada en el teatro Real. ¡Ah! ¡Réprobos y malditos los que no luchan por los intereses del pueblo! Cuando la honra de la patria sufre, ó se es héroe ó se oculta uno en las sombras. Ser ó no ser.

La inmensa muchedumbre oscila con inmensas oscilaciones; todos los corazones laten; los ojos brillan con las llamaradas del entusiasmo. ¿Qué ocurre? ¡Ah! Son nuestros valientes soldados, es el pueblo en armas, marcial, apuesto, airoso, sonriente, que va á vengar sus hermanos muertos profanados vilmente; que va á lavar las manchas de nuestra bandera, que va á entregar su existencia en defensa de la patria. Allí donde la sangre de nuestros valientes cae, allí está la patria. ¿Los veis? Son todos héroes, son los que inician la reconquista de nuestro pueblo, son los que triunfan en Oriente; son los que hunden los estandartes enemigos en Lepanto; son los que conquistan la América y queman sus naves con Hernán Cortés; son los que se pasean triunfantes por toda Europa; son nuestros soldados: es España.

¡Pobres madres! ¡Pobres esposas! ¡Pobres pedazos de su alma!

El llanto acude á los ojos, se nublan; el corazón late con martilleo horrible.

¡Viva España!, gritan todos presa de febril entusiasmo. Los abrazos se suceden; estrechísimos apretones de manos, cariñosas advertencias, consejos inspirados en el amor; lágrimas. Indescriptible escena.

La locomotora lanza su estridente aviso: crujen los nervios de acero; el tren se pone en marcha. Todas las cabezas se descubren; escuchanse sollozos y ayes tristísimos, y dominándolo todo, como la expresión de todos los anhelos, surge un viva estruendoso, sublime; un ¡viva España!, madre común que ansía todas las glorias y todas las venganzas.

Las sombras de la noche esconden en sus entrañas aquel puñado de héroes, hijos del pueblo, que van á morir oscuramente en tierras extrañas por los desaciertos de los unos y la bárbara rabia de los otros.

¡Adios, hijos del pueblo! Vuestras madres, vuestras mujeres, vuestros hijos, en sus horribles torturas y en sus sufrimientos espantosos, os bendecirán desde el fondo de su alma: todas las conciencias honradas os rendirán un culto religioso, y en tanto perseguirán á los malvados y á los ineptos la maldición de los unos y el desprecio de los otros.

¡Adios!

Sólo el pueblo es grande. Que el triunfo corone vuestras luchas, que ondee victoriosa la bandera de nuestra patria, y que las coronas de laurel se ciñan á vuestras cabezas.

ENRIQUE A. ROGER

## LA VUELTA DEL SR. ZORRILLA

El Sr. Ruiz Zorrilla ha enviado una carta á sus correligionarios aconsejándoles que acudan á las próximas elecciones.

Está en su derecho, pero esa carta ha debido fecharla en cualquier punto de España, no en París.

Si hoy cree que por el camino de los comicios se llega, venga á depositar el primero su voto en las urnas. ¿O es que ha decidido estar eternamente haciendo lo contrario de lo que predica, lejos cuando se lucha con las armas, lejos cuando se lucha con la cédula?

No hago notar ahora, ni hay para qué, el cambio de criterio del Sr. Zorrilla en este punto; no discuto si debe hablar así el hombre que ha causado tantas víctimas por hablar de otro modo; ni siquiera censuro el abuso constante que hace de su autoridad llevando á su partido de las urnas á la conspiración, de la conspiración á las urnas; sólo quiero lamentarme de que los republicanos hayamos venido tan á menos en democracia, que se nos lleve, como al loro del cuento, á donde no queremos ir.

Porque no queremos ir á las elecciones, aunque vayamos; (exceptuó á los que aspiran á tomar el oficio de concejal). Ninguno nos recatamos para decir (no estando reunidos oficialmente) que las elecciones para nada sirven, que los jefes están jugando con nosotros, que aunque nos lo manden no votaremos, con otros conceptos más duros y más graves.

Pero esto no quita para que, cuando nos lo ordenan en un discurso ó en un pedazo de papel, después de murmurar un poco, bajemos la cabeza, nos olvidemos de cuanto hemos vociferado, y votemos como unos doctrinos. Bienaventurados los mansos.

Hay momentos que hasta disculpo á los jefes. El hombre tiende naturalmente á la tiranía, y más si sabe que no han de alcanzarle en ningún caso las quiebras del oficio de tirano. ¿Qué de extraño tiene, pues, que para nada se cuiden de lo que podamos pensar, creer ó desear, ni de lo que podamos decir, ni de lo que podamos hacer? Seguros de que hemos de bajar la cabeza ante sus mandatos, no serían poco tontos si se preocupasen de nuestra opinión. Con los esclavos huelgan las con-





NOBLE Y PLEBEYO (Aguarela de W. Strutt.)

— Lit. Romillo, Fuentes. II. MADRID.







sideraciones. Lo repito; hay momentos en que disculpo á los jefes y hasta les agradezco el que sean tan magnánimos todavía que no nos impongan á puntapiés su soberana voluntad. Porque si quisieran, podrían hacerlo impunemente.

En esto de las elecciones viene ocurriendo una cosa que hasta tiene cierta gracia. Por de contado, aquella á que acudimos va á ser la última; es más, tenemos la seguridad de que no se reunirán los elegidos en las Cortes ó los municipios, porque antes, mucho antes estallará la revolución. Esto venimos diciendo hace años.

Para cohonestar á nuestros propios ojos la inconsecuencia en que incurrimos, nos volvemos todos súbitamente diplomáticos y políticos profundos; y á pesar de que creemos que la revolución viene á toda prisa, nos enanecemos de autemano con las victorias que van á alcanzar los elegidos diputados y concejales, y hasta nos convencemos de que la lucha legal va á traer la República, por ser imposible que la monarquía resista á la profundidad del talento de fulano, ni á la elocuencia avasalladora de zutano, ni á la habilidad parlamentaria de mengano; ellos se bastan y se sobran para derribarla.

Y, sin embargo, nada de esto sucede; porque si los nuestros tienen talento, entre los monárquicos tampoco falta quien lo tenga; si son elocuentes, no lo son menos los contrarios; y si son hábiles en el Parlamento, archihábiles son los de enfrente. Eso sí; cuando cualquiera de nuestras lumbreras pronuncia un discurso, echamos las campanas á vuelo, proclamámoslo el primer erador del orbe, ó el primer sabio, ó el primer filósofo, y hasta calificamos á todos de héroes y de hombres de carácter. ¡Cómo se reirán de nosotros para sus adentros!

Volviendo al Sr. Zorrilla, quisiera que alguien me explicase qué actitud es hoy la suya, predicando la lucha revolucionaria y no intentándola, creyendo en la ineficacia de la legal y ordenando acudir á ella. Si es cierto que pidió que le concedieran como *último plazo* hasta fin de Octubre para hacer la revolución, y dijo que de no hacerla *se vendría á Tablada*, y que á esto obedeció la retirada de la minoría del Congreso, ¿qué hace ya en París? ¿á qué aguarda para venirse? ¿qué necesita para con encerse?

Comprendo que le cueste mucho entrar en España sin haber conseguido su propósito, y hasta opinaría que no entrara si únicamente de su personalidad se tratase. Pero como no se trata de él, sino del partido republicano, que no puede seguir como está so pena de anularse; como se trata de la conveniencia de todos, no de la de un hombre; ¿va el Sr. Zorrilla á sacrificar un partido á sus terquedades ó á sus conveniencias?

Equivocarse, en política sobre todo, no es un crimen; fracasar, no es un delito; ser impotente, no es una falta. Pero es falta, delito y crimen á la vez, posponer los intereses de la colectividad á los propios; ser impotente y fingir fortaleza; fracasar y proclamarse victoriosos; equivocarse y presumir de infalible.

La vuelta del Sr. Zorrilla se impone, pues, mírese la cuestión como se quiera, y se impone, por las razones siguientes:

Porque no encuentra quien se subleve en el ejército.

Porque el pueblo ha perdido la confianza absoluta que tenía en sus recursos para hacer la revolución.

Porque en su mismo partido hay muchos hombres (quizás los más importantes) que reconocen ya la conveniencia de su venida.

Porque desde el momento que recomienda la lucha legal y no puede arrastrar á la revolucionaria, su papel de expatriado ha concluido.

Y más que por todo eso, porque su venida determinaría en el partido republicano un movimiento de concentración, ó de subdivisión en dos fracciones, que le daría fuerza hoy, y

ahorraría graves perturbaciones mañana.

Si á pesar de estas razones, y de otras de orden secundario, el Sr. Zorrilla permanece en el extranjero, tendrán que reconocer hasta sus partidarios más leales y entusiastas que han estado sirviendo á un hombre, no á la revolución, y á un hombre á quien nada le importan los sacrificios que ellos han hecho, hacen y puedan hacer.

Pero además de todas esas razones políticas, hay otra más poderosa en estos instantes: la del patriotismo.

Un desertor de nuestro ejército, que estaba desde hace ocho ó diez años entre los moros, y en buena posición y respetado, se ha presentado en Melilla, á sabiendas de que habían de castigarle, para compartir con sus compatriotas los riesgos de la guerra.

El Sr. Zorrilla, que nada tiene que temer al venir, debía aprovechar estas circunstancias para regresar á España en alas del patriotismo. Así se pondría al unísono con la opinión, se regocijaría al par de ella si había motivos para regocijarse, y si no los había, podría exigir con la autoridad de su nombre, su historia y su prestigio, las responsabilidades á quien correspondiera, hombre ó gobierno, partido ó institución.

¿Lo hará el Sr. Zorrilla? Si se dejara llevar de su amor á la patria, que es grande, si lo haría.

### MI HEREJÍA

Señor San Pedro. — Amado santo de mi mayor devoción: Es imposible vivir sufriendo á tantas autoridades, y si Dios Todopoderoso no determina en ello, hago un desatino. — Suyo afectísimo de voto, Silverio Lanza.

Mi querido devoto: Te dije en otra ocasión que el Altísimo apenas se ocupa de los hombres, porque estos son lo más inútiles de lo existente. Sabes que un cigüeñal no pasaría de los puntos máximo y mínimo si no le arrastrase el volante; pues bien, el volante es Dios, el cigüeñal la naturaleza, y los puntos los hombres. En resumen, la forma humana es el descanso de la materia. A pesar de esto y atendiendo á que te recomienda tu desprecio á tí mismo, tu compasión para tus semejantes y tus alabanzas al Creador, ha dispuesto el Todopoderoso que los Angeles de la Guardia avisen á los hombres que ejercen autoridad, que han de presentarse ante Dios el próximo lunes, y aunque no estás entre ellos, ven para exponer tus cargos. — San Pedro, el Santo.

El lunes aguardábamos en el cielo un guardia de orden público y yo. Vino el Eterno y preguntó al guardia:

— ¿Por qué has tardado tanto?

— Señor: me ha entretenido el jefe con un servicio extraordinario; soy portero, y un vecino me envió á una diligencia, levantóse tarde mi mujer y tuve que vestir á los chiquillos, y...

— Este hombre no es autoridad — interrumpí.

— ¿Por qué?

— ¡Vaya una autoridad, que obedece á la mujer y al casero!

En cambio usted... — me dijo el guardia.

— Pero ¿usted me conoce?

— Ya lo creo, y usted sí que es autoridad, porque no obedece nunca.

— Basta — repuso Dios — ya comprendo que entre vosotros son autoridades los que mandan y no obedecen, ni vienen cuando les llamo.

— Y con esos ¿qué hacemos?

— Obedecerlos, Silverio, y cuando estén ensobrecidos, empezarán á mandarse los unos á los otros y se exterminarán.

— Pero, entretanto...

— Acuérdate de lo que hicieron con mi hijo.

— ¡Una barbaridad!

— Pero las profecías se cumplieron.

Y en esto consiste mi herejía. Entiendo que

hubiera sido preferible que los humanos hubiesen crucificado á Caías, y que el inimitable Jesús siguiese eternamente con nosotros. Pero si ha de ocurrir siempre lo contrario para que las profecías se cumplan, ¡valiente servicio nos han hecho los profetas!

SILVERIO LANZA.

### NO SE COMPRENDE

El 6 de Agosto de 1892 publiqué un artículo lamentándome de la vida precaria que llevaban los periódicos republicanos, lo cual acusaba poca fe y mucha indiferencia. En el artículo había estos párrafos:

«El republicano que se suscribe al periódico de su partido, cree que realiza un acto heroico que debe señalarse á la admiración de las generaciones futuras; algo sobrenatural que merece la gratitud de sus contemporáneos. ¡Y esto sucede habiendo más republicanos que nunca hubo!

«¿Qué diferencia entre estos tiempos y aquellos en que el periódico *La Iberia*, perseguido por los gobiernos reaccionarios, encontraba simpatías, despertaba entusiasmos y en cada suscriptor hallaba un cómplice y en cada lector un auxiliar! Le imponían una multa de mil duros, y al día siguiente tenía doble en su caja; á cada atropello se erguía más poderoso; contaba con un partido y podía atreverse á todo. La opinión no era, como ahora, pasiva y platónica; era viva y fecunda.

«¿Pero hoy? Hoy es denunciado un periódico, y ni aumenta una suscripción por eso, ni provoca una indignación, ni apenas se entera el que lo lee. Si algún compañero cariñoso pone al final de la noticia el estereotipado *sentimos el percance*, más parece tributo rendido á la costumbre que expresión de duelo.

«Es que la situación económica de hoy es peor que la de ayer, y que no todos los que quieren pueden? No lo desconozco; pero si lo que gastamos los republicanos en telegramas de felicitación, y en cartas, y en banquetes, lo destinásemos á robustecer la prensa, ella se desenvolvería con desahogo y podría extender la esfera de acción de su propaganda.»

Esto que dije entonces, lo repito hoy con más fundamento, porque el mal avanza.

Y no hablo de EL MOTIN, del que se han apartado los que creen que la verdad debe decirse á todos, menos al jefe que cada cual se ha dado. No, no quiero hablar de EL MOTIN. Me envanecía con la idea de haber reunido una masa compacta y grande de lectores democratas, curados de resabios idolátricos, y me encontré al comenzar á decir de los jefes *lo que hoy ya dicen todos*, que casi la mitad de la masa se dispersó. Lo siento por ellos. EL MOTIN ha quedado, y las esperanzas que ellos abrigaban han desaparecido. Doy las gracias á los que continúan, sin quejarme de los que se han ido.

¿Pero es que realmente se han ido los progresistas porque yo atacaba al Sr. Zorrilla? Permítanme que lo dude, y que fundamente mis dudas.

Después de ser en París D. Emilio Prieto durante seis años la persona de más confianza del Sr. Zorrilla, de verse adulado por los correccionistas que allá iban, de estar en correspondencia con casi todos, ganándose amigos por sus condiciones de carácter tanto como por su lealtad y honradez, acepta la amnistía de acuerdo con su jefe, y regresa á España de paisano, él, que había llevado dignamente y con orgullo el uniforme de comandante de caballería.

Pasado algún tiempo funda un periódico diario, *El Ideal*, para luchar con la pluma contra la monarquía, como se prestó á luchar con la espada el 19 de Septiembre de 1886, periódico que costase una peseta en Madrid y cinco pesetas trimestre en provincias, para ponerlo al alcance de todas las fortunas.

Parecía evidente, y yo así lo creía, que un periódico fundado por un hombre de los antecedentes y de la historia del Sr. Prieto, de enérgica y constante oposición, denunciado casi á diario, con directores en la cárcel, en-



tusiasmase á los republicanos progresistas, tanto, por lo menos, como preocupa al gobierno; mas parece que no es así, cuando se ha visto obligado en estos días á acudir á sus amigos y correligionarios para que contribuyan á formar un fondo de resistencia con las cantidades que espontáneamente y sin imponerse sacrificios puedan remitirle, á fin de sostener á sus compañeros presos y defenderse de la ruda oposición del gobierno.»

Esto entristece, porque demuestra una vez más que no hay verdadero entusiasmo por la idea republicana, y que la mayoría de los que bullen y se agitan, se agitan y bullen por su exclusiva conveniencia.

¡Como! En un partido cuya junta directiva se compone de millonarios, según dijo *El País*, ¿se ve el Sr. Prieto, hombre que ha sacrificado una carrera honrosa por la idea, á pedir auxilio á sus correligionarios para continuar defendiéndola? Al que tanto perdió ¿no se le hacen espontáneos y grandes ofrecimientos por las personas que se hubieran elevado si el movimiento del 19 triunfara? ¿En tan poco tienen la recomendación del Sr. Zorrilla (porque supongo que la habrá hecho más eficazmente que para ningún otro periódico, por tratarse de su amigo, de su secretario, de su hombre de confianza), en tan poco la tienen, repito, que no han prestado desde luego á *El Ideal* el apoyo que merecía y la modesta posición que su propietario reclamaba?

Si esto fuera así, si el Sr. Prieto no hubiese encontrado en sus correligionarios la ayuda á que tiene derecho, no para vivir él ni para enriquecerse, sino para continuar la lucha empeñada contra la monarquía ¿qué pensar? ¿qué decir? ¿Abandonar á EL MOTIN porque ataca al Sr. Zorrilla, y no ponerse al lado de *El Ideal* que lo defiende? ¿Priar de recursos al indisciplinado y no concedérselos al que rinde culto á la disciplina? ¿Castigar al reprobado y no premiar al creyente? En verdad digo que no sé qué decir.

Comprendo lo que habrá vacilado el señor Prieto antes de lanzar al público esa advertencia, y lo que le habrá costado redactarla para que no resulte muy amarga. ¡Duele tanto rectificar los buenos juicios que formamos de los hombres y más si comulgamos en las mismas ideas! ¡Es tan duro convencerse de que en el juego de la política, tal como hoy se entiende, el que más pone pierde más!

Deseo, sin embargo, equivocarme esta vez, y que el señor Prieto encuentre en sus correligionarios de buena posición lo que no ha encontrado hasta ahora; que no merece menos quien tanto ha perdido por la causa republicana.

#### OTRO TRAIDOR

Con verdadera indignación he leído el siguiente artículo de *El Ideal*; tanto, que si no fuera porque está compuesto el que antecede, lo retiraría de las columnas de EL MOTIN.

Pero ¿qué digo? El sonrojo me impide raciocinar. ¿Cómo, si no, se me hubiera ocurrido retirarlo, cuando el uno explica el otro, cuando este da la clave de aquel?

Lean nuestros suscriptores, y escandalícense:

#### SEAMOS SENSATOS

Ayer pudo convencerse el pueblo de Madrid de que poco puede esperar de los que ante todo y sobre todo aman los procedimientos pacíficos. Ni para esto sirven.

La sensatez y la calma de las personas, que sólo se agitan cuando el concurso del pueblo puede serles útil en los comicios, legó ayer á su colmo.

¡La sensatez! Seamos sensatos.

Pero convénzase el pueblo de que sólo él, sin concurso ni dirección alguna de sus jefes, puede moverse en las ocasiones oportunas, en los momentos críticos. Y no es que nosotros pretendamos hacer de una cuestión de honra nacional, política de partido ni de bandería; que en las alturas o bajezas en que nos encontramos, ya no hay ni puede haber otra política que la de ¡abajo el gobierno! No hay ni puede haber otro partido que el partido nacio-

nal, formado por los verdaderos patriotas amantes del decoro y de la dignidad de España; no hay ni puede haber otro gobierno que un gobierno popular, único capaz de sentir los nobles impulsos del patriotismo.

Mas cuando llegan solemnes ocasiones, en que la presencia ante el pueblo de los encargados de dirigirle pudiera ser indispensable para evitar que una manifestación patriótica y popular, como la de ayer, se convierta por obra y gracia de los agentes de Aguilera, armados de banderas, en manifestación policíaca, se echa de menos en los puntos de honor á los hombres de prestigio, para que encaucen las corrientes de la opinión, tomando los acuerdos oportunos y realizando aquellos actos que pudieran conducir al feliz logro de las aspiraciones del pueblo.

Muy pocos de los que reclaman el concurso del pueblo en las elecciones se vió ayer en todo el trayecto de la manifestación, que recorrió, veloz como el rayo, algunas calles de Madrid.

Allí se echó de menos la respetable figura de los hombres que ejercen influencia en los partidos, allí hubiéramos deseado nosotros oír de sus labios enérgicas palabras de censura para un gobierno que nos deshonra; la viril y gallarda oratoria de los diputados republicanos hubiera causado ayer más efecto entre los manifestantes, que en el teatro de la Representación nacional, donde sólo sirven de acompañamiento á los hijos del caciquismo.

Pero nada ocurrió. Los hombres importantes esparaban en sus respectivos domicilios el desarrollo de los sucesos.

Tengamos calma; seamos sensatos; toleremos en el poder á un gobierno que, después de habernos llevado á la miseria, sacrifica torpemente la vida de nuestros soldados; siga el gobierno de notables manejando á su capricho los destinos de España.

Tíra, mucha tila para los impacientes. Aquí no pasa nada; España no corre peligro.

Vivamos en paz.

Ahora bien, pueblo español; cete aprovechando de las elocuentes enseñanzas que se deducen de la manifestación de ayer; aprende á tomar resoluciones, ya que no te atreves á hablar claro á los que te dirigen á su antojo. Ve aprendiendo á negar tus votos á los que sólo de elecciones se preocupan; mira cómo te tratan en momentos supremos los que se llaman tus amigos.

Aprende, y sé insensato.»

Después de leer este desdichado escrito, no habrá nadie que dude de la traición consumada por Prieto; mas si por casualidad hubiere alguno, que se haga este razonamiento:

«*El Ideal* no anda sobrado de cuartos, según él mismo declara. Censura á los jefes y se rebela contra la idea de acudir á las elecciones. Luego Prieto se ha vendido al Gobierno.»

Esto es de una lógica y una sencillez abrumadoras; sobre esto no cabe discusión. Además, que yo entiendo mucho de esto. ¡Como que también me he vendido!

¡Parece mentira á lo que llegan los hombres cuando la pasión del oro los ciega! ¿Quién hubiera sospechado que Prieto, tan desinteresado, tan caballero, y que con tal fe y constancia ha combatido á la monarquía, había de deshonrarse vendiéndose, y ofrecerse, á cambio de un infame puñado de vil metal, á combatir la santa y salvadora idea de acudir á las elecciones, que tan hermoso fruto nos han dado? ¿De quién va uno á fiarse en adelante ¡oh ciegos! cuando esto se ve y se toca? ¿A quién volver los ojos en tamaña tribulación? ¿Qué camino tomar para no tropezar en tales depósitos de lodo?

Porque á mí no me diga Prieto; esa independencia de juicio, esa firmeza de convicción, ese noble afán de decir la verdad, únicamente puede tenerlos un republicano de acuerdo con los gobiernos monárquicos y pagándoselo muy bien. La adulación indigna, la sumisión cobarde, el servilismo hipócrita, esto puede nacer, creer y desarrollarse con el individuo, y de ello tenemos ejemplos hartos con sólo echar una mirada alrededor.

Por esto, si está á tiempo aun, sino ha recibido todavía el precio de su venta degradante, yo suplicaría á Prieto que volviese sobre sus pasos; que el mismo día que leyese este artículo escribiese otro en su periódico desdiciéndose de cuanto ha dicho, y cantando las alabanzas de los jefes á quienes injustamente ha tratado, llamándolos enérgicos, valientes, revolucionarios, y reconociendo que siempre se

han sacrificado por la causa, que jamás se han odiado ni combatido, que no se cuida ninguno de sí propio, sino del interés general, con todo lo demás que le sugiera su amor á la equidad y á la justicia.

Pero si desgraciadamente fuese tarde ya, si el dinero de la traición ha manchado sus bolsillos, y no se decide á repartirlo entre varios tremebundos correligionarios que se lo guardarían con mucho gusto, aun sabiendo su origen monárquico, ó precisamente por esto, que á tanto llega el poder de la costumbre, pásese por esta redacción, y entrégueme alguna cantidad, porque aquí se ha acabado ya el que recibimos por igual conducto y concepto. ¡Oh! Bien dicen, que lo mal ganado se lo lleva el diablo . . . . .

Dispénseme el Sr. Prieto, si en tono festivo le ha anticipado el juicio que van algunos á formar de él, si no se sujeta en un todo á la marcha que los jefes imprimen al partido, casi siempre contrariando su voluntad.

Pero á bien que él los conoce, y hará el mismo caso de ellos, que éste su amigo, quien se felicita de ver que hombres de los servicios y antecedentes del Sr. Prieto, coinciden con su opinión y contribuyen á acabar con la farsa que de algún tiempo acá se viene representando.

JOSE NAKENS

#### BIBLIOGRAFÍA

La acreditada casa editorial de Bailly-Baillière ha publicado las entregas 18 á 22 del *Diccionario de Electricidad y Magnetismo y sus aplicaciones á las ciencias, las artes y la industria*, por Julián Lefevre, profesor de la Escuela de Ciencias de Nantes.

Esta magnífica obra se publica por entregas de 16 páginas á dos columnas, en muy buen papel y esmerada impresión, al precio de 40 céntimos cada entrega.

Se halla de venta en la Librería editorial de Bailly-Baillière é Hijos, Plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las principales librerías de provincias y Ultramar.

Se han publicado los cuadernos 9, 10 y 11 del segundo tomo de la *Historia del partido republicano español* por D. Enrique Rodríguez Solís, tan recomendable por su texto y por los magníficos cromos y láminas que la acompañan.

Precio dos reales cuaderno en toda España.

Se admiten suscripciones en casa del autor, Ciudad-Rodrigo, 8, segundo, Madrid, principales librerías y centros de publicaciones.

#### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	Provincias
Pesetas	Pesetas
Mes..... 1	Mes..... 1
Trimestre..... 2 50	Tres meses..... 2 50
Semestre..... 5	Seis..... 5
Año..... 10	Año..... 10
	Extranjero y Ultramar... 3 pnos

#### CORRESPONSALES

25 números de *El Motin*, 2,50 pesetas.

#### NUMERO DE «EL MOTIN» 15 CENTIMOS

Administración, Fuencarral, 119, primero.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe.

Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.

La correspondencia al administrador del periódico.

#### CENTROS DE SUSCRIPCION

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín Puerta del Sol, 6.

En la Habana, Galería literaria, calle del Obispo, 48.

Número atrasado, 25 céntimos.

#### OBRAS NUEVAS

*El secretario íntimo*, por Jorge Sand.—1 peseta.

*Rico y Pobre*, por Emilio Souvestre.—0'50 pesetas.

*Obispo, casado y rey*, por Don Manuel Fernández y González.—1'50 pesetas.

*La Guerra de las mujeres*, (primer tomo) por Alejandro Dumas.—1'50 pesetas.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.